

Costa Rica Ilustrada

REVISTA QUINCENAL DE CIENCIAS, ARTES Y LITERATURA.

EDITORES PROPIETARIOS,

Próspero Calderón—José Antonio Soto.

PRECIO DE SUSCRICION:

En Costa Rica..... \$ 0-75 trimestre adelantado.
En el extranjero..... " 1-00 " " "
Número suelto..... " 0-15 " " "
Números atrasados..... " 0-25 " " "

{ Año I. Núm. 18. }
{ San José, 15 de marzo de 1888. }

DIRECCION Y ADMINISTRACION,

Calle de la Merced, n.º 3, Norte.
APARTADO NUMERO 93.

Sumario.—*De Stechetti*, por A. E. Cuenca.—*Don Manuel Aguilar*, por *—*La Mujer*, por Amanda.—*Mi vida*, por Amalia.—*Amalia y yo*, por Julio.—*Risas y llanto*, por Sirio.—*Traducción*, por N. N.—*El huacfanillo de Jerichó*, por Sirio.—*Crónica*, por Clo Clo.

Grabados.—Don Manuel Aguilar.

Anuncios.

DE STECHETTI.

DEL SOL PONIENTE Á LAS POSTERAS LUCES,
SOLA, ENLUTADA, REPRIMIENDO EL LLANTO,
MI TUMBA BUSCARÁS ENTRE LAS CRUCES
DEL MUDO Y SOLITARIO CAMPOSANTO.

BÚSCALA ENTRE LA YERVA ENMARAÑADA;
DONDE Á LOS BRAZOS DE LA CRUZ MUSGOZA,
SE ENREDA LA CAMPÁNULA MORADA,
Y TREPA EL TALLÓ DE LA BLANCA ROSA.

DE MI PECHO ESAS FLORES HAN BROTADO,
Y MORIR EN EL TUYO HAN DE PEDIRTE:
QUE SON LOS VERSOS QUE FENSÉ Á TU LADO,
Y LAS TERNEZAS QUE OLVIDÉ DECIRTE!.....

AGUSTÍN F. CUENCA,
(Mejicano.)

DON MANUEL AGUILAR.

El señor Licenciado don Manuel Aguilar hizo sus estudios en León de Nicaragua, de donde regresó á principios de agosto de 1824 con motivo de haber aceptado en julio anterior el nombramiento de Asesor General del Estado para que se le llamara. Desde entonces dió muestras de su patriotismo acendrado. Señaló el principio de su carrera pública con un acto de desprendimiento que le honra sobremanera, como fué el de renunciar á toda retribución pecuniaria, ofreciendo servir *ad honórem*, en vista de la pobreza del Erario. La Junta Superior Gubernativa, sin aceptar sus nobles ofrecimientos, en cuanto á la retribución que le correspondía, le dió las gracias debidas y le manifestó su reconocimiento por aquel acto generoso.

El Licenciado Aguilar, tenido como uno de los costarricenses más cultos é inteligentes, ocupa también uno de los mejores puestos entre los que se han distinguido por la honradez más pura en todos sus actos.

Sus servicios como Intendente General, como Senador, como Ministro General después, como Representante de Costa Rica en 1828, como Magistrado de la Corte Suprema de Justicia en 1830, etc., le valieron la más alta estima de sus conciudadanos.

Electo Jefe Supremo del Estado, al hacerse cargo del mando el 17 de abril de 1837, principió su mensaje dirigido á la Asamblea con las siguientes modestísimas palabras: "Yo que me conozco mejor que otro alguno, y que sé con exactitud hasta donde llegan los límites de mis aptitudes para desempeñar los cargos públicos, estoy también íntimamente persuadido de que no soy yo la persona llamada á figurar en la primera magistratura del Estado, mayormente existiendo en esta reunión y fuera de ella muchas otras personas que teniendo acreditado su patriotismo y siendo conocida su ilustración, con preferencia á mí han debido ser escogidas para gobernar el país, con esperanzas seguras de que lo harían prosperar con la sabia administración que le diesen. Este íntimo convencimiento en que me hallo y he estado siempre, me hizo ahora cuatro años hacer los mayores esfuerzos y empeñar todo el valimiento de mis amigos para no verme en el lance en que ahora me veo; y el año de 1835 me lo pude evitar haciendo valer mis excusas legales para que no tuviera efecto la elec-

ción que ya había recaído en mi persona. No me faltan éstas ahora, pero ¿cómo desairar ese pronunciamiento, casi general, que me ha llamado á este lugar? ¿Cómo desatender y desoir ese voto público que exige mis servicios en esta silla?"

Servía el señor Aguilar sin más interés que el bien general. Trató de que su Gobierno encontrara apoyo en todos los pueblos del Estado, separándose de los pequeños círculos de tendencias exclusivistas que influían en la marcha de la Administración, para evitar rivalidades y destruir el espíritu de localismo tan pronunciado en las principales poblaciones; pero no obstante sus nobles deseos, el 22 de agosto de 1837 recibió formal denuncia de que se tramaba una conspiración con el objeto de asaltar el cuartel de la capital y proclamar Jefe del Estado á don Braulio Carrillo y Comandante General á don Luz Blanco. Los descontentos se propusieron llevar á cabo sus planes en la noche del 26 del mismo mes; pero el Poder Ejecutivo rodeado de algunos de sus partidarios, sofocó el movimiento, hizo arrestar á los comprometidos en él y los sometió á juicio, conforme al artículo 25 de la Ley Nacional de 17 de noviembre de 1832; mas, de acuerdo con el artículo 13 del reglamento de 23 de setiembre de 1831 que faculta al Ejecutivo para dictar en casos análogos las medidas que parecieran conducentes á la salvación del orden público; atendiendo á la excitativa del Cuerpo Legislativo, reunido extraordinariamente para conocer de la complicidad en la revolución, de algunos individuos de los Supremos Poderes, y de acuerdo con el Consejo Representativo, el Gobierno mandó suspender el curso de la causa, y que el Diputado don Vicente Villaseñor, el Consejero don Juan Vicente Escalante y los señores don Alejandro Escalante y don Juan Murillo, abandonasen el territorio del Estado, y se trasladasen al Distrito Federal de Centro América, mientras el Cuerpo Legislativo resolvía á este respecto lo que juzgase conveniente.

Reunida la Asamblea conforme á la ley, aprobó todas las medidas tomadas por el Jefe del Estado contra los revolucionarios.

Durante el Gobierno del señor Aguilar, se emitió una ley concediendo los derechos de ciudadanía á los extranjeros casados en el país; se otorgó amnistía á los emigrados por causas políticas; se trató de la creación de Diócesis en Costa Rica para separar este país en materias eclesiásticas de la Diócesis de

Nicaragua; se promovió la composición del camino de Matina y de otros importantes; se mandó construir un puente en Elvirilla, y se dictaron otras disposiciones para mejorar las vías de comunicación, tales como la habilitación de Matina como puerto mayor; se favoreció el desarrollo de la población de Grecia; y se promovieron algunas mejoras en el ramo de educación.

Nada bastó para contener á los opositores del Gobierno, y el 27 de mayo de 1838 se dió en Costa Rica el primer golpe de cuartel; se depuso y deportó al señor Aguilar y al Vice Jefe don Juan Mora, y se proclamó Jefe del Estado al señor Licenciado don Braulio Carrillo.

Aquel acontecimiento no apagó el gran patriotismo del señor Licenciado don Manuel Aguilar, quien siempre procuró servir á su país en cuanto le fué posible; y así la muerte le sorprendió el 6 de junio de 1846, cuando á la sazón representaba á Costa Rica en la Dieta centroamericana reunida entonces.

El Gobierno del Estado, como tributo á los méritos del señor Aguilar, acordó que se le hicieran honras fúnebres, las que tuvieron verificativo con toda solemnidad.

(De la obra sobre Costa Rica, por J. B. Calvo.)

LA MUJER.

¡La mujer! Ese ídilio constante desde el Génesis yacía en los tiempos antiguos en una horrenda servidumbre.

La historia nos cuenta en el lenguaje del dolor su triste condición.

No era del hombre compañera, sino esclava y torturábasele el alma y el cuerpo á voluntad del hombre, quien sólo la estimaba por sus cualidades físicas, y cuando éstas se marchitaban, considerábala cual una bestia de carga comprada en la pública almoneda de la poligamia.

Mas cuando la Sibila Cumana anunció al pagano, que el trono de sus dioses ya traqueaba y se hundía para siempre en el espantoso abismo del pasado y que se derrumbaban uno á uno bajo los golpes ciclópeos del Evangelio, que consignaba estas bellas tesis: "Libertad,"—"Igualdad,"—"Fraternidad," cuya ciencia enseñaba aquel Hombre maravilloso, que nos enseñó desde las playas del mar Tiberfades á llamar Pa-

dre á Dios y hermanos á todos los hombres;—desde esa época la mujer cambió de condición, y con ésta, el mundo. Concediósele las facultades intelectuales que antes negábansele. Subió á la apoteosis y fué mirada como ser perfectible.

¡La mujer! que ha dado bellísimos ejemplares de heroísmo, como María Antoineta, Juana de Arco, Catalina de Médicis, Juana de Padilla y un centenar más de heroínas que supieron empuñar la palma del martirio y de la inmortalidad!

¡La mujer! que nacida para el sentimiento puede hacer grandes progresos en la música y el canto y, dotada de una imaginación exquisita, dar savia y calor al arte de la pintura.

¡La mujer! que en poesía su numen es el amor y la virtud, y que ha alcanzado renombrada fama, como la inmortal Silveira Espinosa de Rendón, Josefa Acevedo de González y una falange más.

¡La mujer! que en el campo de batalla hace deponer la fiera del guerrero, cura sus heridas y lo exhorta á morir con resignación; que en los hospitales, en las casas de expósitos y en todo establecimiento de beneficencia es un ángel de caridad y de consuelo.

¿Podría este ser privilegiado, destinado por Dios á representar un gran papel en el mundo, permanecer por más tiempo sumido en la estolidez del bruto? ¡No, no! Eso sería insultar al siglo en que vivimos.

Por estas y otras consideraciones, que reclamaba la influencia saludable é irresistible del siglo, ha ocupado la mente de gobiernos y hombres filántropos, que cual genuinos apóstoles de la civilización han tomado á su cargo la gloriosa tarea de encomiar la importancia de la mujer, y considerar la educación de ésta como una necesidad imprescindible para el mejoramiento de la sociedad.

Nuestro Ilustre Gobernante, penetrado de esa verdad, redobla sus esfuerzos y centraliza las fuerzas todas de su genio en ese santo y patriótico objeto. ¡*Loor sempiterno* á su nombre inmortal y al de sus dignos colaboradores!

No importa que el libertinaje diga: "*todas las mujeres son iguales delante del hombre*,"—la mujer modesta, piadosa, culta y llena de rubor, en una palabra, la mujer bien educada, inspira respeto y amor; lo que una mujer ignorante, licenciosa y corrompida inspira desprecio.

El corazón bendito de la primera forma, el magistrado probo, el juez integérrimo, el caballero.

El corazón de la segunda forma, el juez venal, el hombre protervo envuelto en su asqueroso ropaje de villanía.

La buena educación en una niña es su baluarte contra la seducción, le afianza su porvenir y la hace ocupar su puesto, con su influencia benéfica, en los destinos de la patria.

Recordemos á Franklin, cuando éste solicitó de Luis XIV el reconocimiento de la independencia de la República de la gran Unión Americana, el monarca francés le preguntó si los descendientes de Penn y los Puritanos poseían medios y elementos para su independencia, y el virtuoso Franklin le contestó: seremos independientes porque nuestras mujeres lo quieren.

AMANDA.

San Ramón, marzo de 1888.

MI VIDA.

A mis compañeras del Colegio de Sión.

[Véase el n.º 17.]

I.

Fuvo buena fortuna.—Media hora después de mi llegada al baile mi programa estaba completamente lleno. El primer nombre era el de Luis. Seguían otros nombres que no recuerdo! Mi programa había circulado de mano en mano y, salvar pocas excepciones, los jóvenes que se habían repartido mis piezas lo habían hecho sin contar con mi consentimiento. Pero ¡qué importaba eso! Iba á bailar toda la noche.

Las notas de la mazurka empezaban á volar por el salón, lentas, pausadas, armoniosas. La languidez del ritmo se comunicaba al alma. Como la ola que impulsada por el céfiro levanta con pereza sus menudos glóbulos y rueda murmurando por sobre el cristal del mar, así se sentía el susurro del salón al principiar el baile.

¡Bello cuadro! Hermosos espejos reproducían los variados giros de los danzantes. Mis lindas amigas, gustosas prisioneras de sus novios, lanzaban una mirada de consulta, mirada rápida, ligera, á esos mudos amigos que tanto acariciaban su vanidad. Las parejas daban caprichosas vueltas, se encontraban, se huían, agitándose entre el anillo del compás musical. Los perfumes recién puestos inundaban con sus

emanaciones el salón. Las flores, frescas y llenas de vida, lucían sobre el pecho, sobre el peinado sus sedosos pétalos: en los ojales de varios fraques pequeños ramitos de violetas ó de pensamientos adornados con zacate de ilusión. Los guantes blancos y apretados: las pupilas brillantes, las mejillas adquiriendo un tinte sonrosado, las ilusiones aun no desgastadas: aquello era el levante de una aurora de placer.

Luis se movía con "ritmo perfecto". Mi talle oprimido por su brazo, mi mano entre su mano, nuestros alientos confundidos, ¡supremo delirio! entrecurré los ojos y mi alma voló á los cielos del ensueño.

II.

Ayer, cinco de marzo como á los siete de la noche estaba yo en mi cuarto escribiendo cuando entró mi padre.

—Amalia, deja eso, me dijo. Tengo que hablarte.

Mi pluma levantaba los velos del pasado y el recuerdo del baile de mi extremo volvía á mi mente. En la situación de ánimo en que me hallo ahora que va á cambiar mi vida, me era dulce recordar las horas felices de mi pasado, las flores perfumadas que encontré; y también recordar las durísimas espinas que me hicieron saltar la sangre en ese camino que emprendí la noche de mi *debut* en el salón de Benedictis y á cuyo término estoy ya.

Con la fruición con que se acaricia aquello que se va á perder, hacía yo revivir mis horas de soltera y pensando seguir paso á paso los episodios de mi existencia de mundo, sacaba de entre los pliegues de mi alma esas memorias que van quedando allí, cada vez más pálidas y silenciosas, á medida que el tiempo pasa. Quería hacer mi testamento de soltera.

Bien á mi pesar tengo que dejar la pluma. La conversación tenida con mi padre me obliga á ello.

Acudí á su llamamiento presintiendo de que se trataba.

En su cuarto-escritorio, adonde él se había dirigido, estaba mi madre. Apenas hubo llegado noté por sus semblanzas que de algo serio se trataba, pues su circunspección y su palidez me lo indicaban.

Mis relaciones amorosas con Rafael tienen ya seis meses; él, en nuestra última conversación me manifestó su resolución de hablar á mis padres para pedirles mi mano; no se me ocultó que había cumplido ya su promesa. Sentí un ligero sobresalto. No obstante que por mi carácter jamás he pensado en asunto serio, me reconocí al considerar que hacía un instante se había decidido de mi porvenir.

—Hija mía, Rafael acaba de salir de aquí. Yo debí haberme ruborizado... pero la hora del rubor ya estaba lejos.

—Acaba de pedirnos tu mano. Dice que

confía en tu amor y en su trabajo. El espera hacerte feliz.

—¿Y Uds. que le han dicho?

—Tu madre y yo no descamos sino tu bienestar. Creemos que tú quieres á Rafael: vemos en él un médico trabajador y de gran porvenir: cerramos los ojos y hemos tomado para ti este número en la lotería del matrimonio. ¿Estás contenta?

—Sí, papá.

—Pues bien, dentro de un mes serás ya señora casada.

Los preparativos que para el ingreso en mi nueva vida tengo que hacer me obligan á dejar trunco estas memorias.

Me voy á casar. Rafael es el tercero de mis novios. ¿Lo amo? Probablemente. Bien que yo no siento en su presencia la conmoción, el rubor, las palpitaciones que sentía cuando aquel Luis, el de hace cuatro años, estaba á mi lado. Bien que yo miro venir el día de mi matrimonio como un acontecimiento que me inspira curiosidad y no como la suprema dicha de dos almas que se funden en una, que trasportan el Walhala de los germanos á la mansión conyugal, y que agarrados del rayo de una estrella, en el delirio de su amor se van al cielo, como diría un trasnochado romántico. No; yo lo confieso, aunque pese al sentimentalismo femeníl, quiero casarme porque soy curiosa. Dicen que es tan diferente la vida conyugal, que tiene tantos misterios que á las jóvenes les está vedado conocer, que á la verdad, quiero saber..... veremos.

Rafael no tiene una figura muy allá que digamos; es médico en extrano; pero no importa; es de mucha esperanza, tiene un brillante porvenir, es un grande hombre en botón.

Queridas compañeras de Colegio, os doy cita para dentro de un mes en la Merced. Allí me veréis vestida de blanco como en la dichosa noche de mi extremo. Y es natural. Con un vestido blanco entré al mundo en una noche de baile. Con un vestido blanco se debe amortajar la soltera que se va, la colegiala que pasa á ser un adjetivo, esta vuestra amiga que espera veros en el gremio de los casados.

AMALIA.

AMALIA Y YO.

Para "Costa Rica Ilustrada."

(VÉASE EL N.º 17).

I.

Con creciente interés he seguido la lectura de "Mi Vida" y no puedo menos que burlarme de mí mismo, al convencirme de que Amalia, es lo que casi todas las jóvenes de su edad y que aquel juicio que en sus conversaciones conmigo revela, no es otra cosa que bellas teorías muy apartadas de la realidad.....

Hallamos en nuestro camino, una pintada y aromática flor, admiramos sus colores, los perfumes con que la dotó Natura y ambicionamos poseerla.

Al cruzar uno de los elegantes salones de la aristocrática sociedad, nuestra vista se halla de pronto atraída como por irresistible imán, por la imagen bella de una mujer. Quedamos dominados; nuestra alma, se convierte en amorosa llama, el cerebro cesa de guiar nuestras acciones y procedemos como autómatas con el pensamiento en pos de la inmensa dicha de lograr su amor.

Vislumbramos el candor, entrevemos la modestia; nuestro corazón palpita emocionado. Entonamos himnos de triunfo y con frente erguida y voz potente desafiamos á los escépticos que en nada creen, que nada esperan y que juzgan el alma de la mujer despojada de tan hermosos sentimientos.

Se nos prodiga un alhago, una caricia talvez; quizá nos atrevemos á creernos comprendidos y amados: la vida es entonces el Edén.....

Pero.....

¡Todo es mentira en el mundo, en todo se halla cruel decepción!

¿Para qué habitar este planeta, en que las más bellas ilusiones, nuestros más dorados ensueños se trocan en amarga realidad, cuando aun no acabamos de palparlos, cuando permanecemos saboreando sus dulzuras?

La flor que tanto nos cautivó, aquella de purísima corola que despedía de su seno tan embriagador aroma, es mentira..... Ahí está marchita y sus hojas tan frescas y lozanas, hoy mustias se desprenden del cuerpo al más ligero soplo de la brisa, para servir en el suelo de desprecio á las pisadas.

Han trascurrido algunos años y tenemos un desagradable encuentro. La linda criatura que á su sola vista hizo latir nuestro corazón, se encuentra achacosa y vieja; los insomnios pasados en frecuentes noches de loco bailar han destruido la tersura de su tez y han concluido con el garbo y gentileza que la distinguía. Es un resto de lo pasado; libro de mucha uso, de lectura que fué amena: hoy solo conserva las pastas.

El candor.....la modestia.....

¿Existen?

Indudablemente sí; tenemos la suerte de encontrarlos á cada paso en nuestra sociedad orlando la frente pura de un centenar de señoritas, pero insensiblemente y sin darse cuenta de ello, los dejan velados con el ropaje de la frivolidad, que los mal intencionados juzgan de diferentes y malévolo modos.

Los alhagos, las caricias, el amor en fin adonde están? Aquello no fué más que sencillo pasatiempo; un engaño, involuntario tal vez, pero recíproco que nos prodigamos como podíamos hacerlo con un sabroso *tostel*.

¿Nos hemos comprendido?

No es verdad.

Dirá el lector, ó la bella lectorita. Existiendo la modestia poseyendo el candor como vo-

cíferas así? Estás en un círculo vicioso; aquello es antítesis, pero no; poned la mano en el pecho y seguid leyendo.

II.

Amalia es buena; ella es inocente, sencilla, candorosa, modesta.

Con ingenuidad cuenta su historia y esa historia es magnífica lección.

Le gusta Luis..... Bueno, muy bueno.

Lo ama..... mejor, mucho mejor.

Pero..... Luis es jugador.

No importa, en cambio tiene hermosos ojos negros, sedoso bigote y una fina caña de indias que maneja con elegancia; viste bien, habla francés y como complemento no sabe trabajar en nada.

¡Magnífico partido!

¡Ilusión de diez y seis años!

Mis galanterías turbaron á Amalia; el carmin de sus mejillas lo reveló así, pero ella necesitaba fijarse en alguien y el tipo de su elección fué Luis, este Luis, *joven á la moda* que censura y á quien desde luego no podía amar.

¿Y si en su pecho no había este sentimiento, por qué forjarse ilusiones, martirizarse el espíritu y engañarse así misma?

La frivolidad, que no dá lugar á la reflexión, la frivolidad que empaña todas las bellas cualidades, la frivolidad que es el primer paso en el sendero de la coquetería, es la causa; y el efecto consiguiente sin duda, el ser despojada del calificativo tan honroso de señorita modesta.

El objeto es tener novio, más bien dicho, un aspirante de tal, moscón perpétuo silvando al oído; y por lograrlo, por la frivolidad de que fulana lo conozca y que la otra (más feíta) lo envidie, se dá tal vez un *Sí* que no se siente, se prodiga una palabra de miel que más tarde es imposible recoger.

Basta; he vuelto con mis necedades de viejo; de fijo que sin el incógnito, moriría aun cuando fuera á saetas lanzados contra mi pobre humanidad por los hermosos ojos de mis lectoras—las de diez y seis años se entiende.

III.

Amalia se casa en breve. Sus padres me lo han comunicado con reservas y yo hago lo propio con Ustedes.

Su novio, á mi juicio la merece; tal vez me engañe, pero si así fuera, lo sentiría.

Desde luego puedo afirmar que no es Luis; tiene otro nombre y otra ocupación. Es más jugador que éste, pero no arriesga monedas sino la vida—no precisamente la suya, pero la de sus semejantes.

Creo haberme explicado mal; el futuro esposo de Amalia, es médico y por lo tanto libra de sus dolencias á quien tiene la dicha de ocuparlo.

Amalia:

Vas á entrar en el período más hermoso y di-

ficil de la mujer.

La misión para que fuiste creada, va á ser cumplida. Organizarás una familia y un hogar, lucirás tus cualidades y harás la dicha de los tuyos.

Olvida lo pasado, concétrate á tu nuevo estado y yo te anguro largos días de ventura y placeres mucho más dulces que los que saboreaste cuando hiciste tu extremo en el salón de Benedictis, ataviada de blanco y siendo el objeto de todas las atenciones.

Si te soy importuno, olvídamme; si continuas distinguiéndome espero para el ojal de mi frac, un botón de azahar, de tu corona de desposada.

Vas á trocar el nombre de señorita, por el venerable de señora, y muy pronto tus oídos escucharán como música celestial, el dulce título de madre.

Sé digna de él.

Te dejo pues, para hallarte á los piés del Sacerdote, recibiendo la indisoluble bendición nupcial.

De mis lectoras y lectores, hasta más ver; con estas mal trazadas líneas concluye la vida literaria de

JULIO.

Marzo de 1888.

A MIS LECTORES.

Hace tiempo que deseabamos que alguna de nuestras buenas plumas ensayara la más fácil tarea de los aficionados á la literatura: la novela, pero no la novela que sólo divierte al lector, sino la que enseña ó instruye y más que todo: la novela nacional. Mas en vano hemos esperado que nuestros deseos se cumplieran por quienes pueden y deben hacerlo. Esto me movió á explorar el terreno por mi parte. No soy ni pretendo ser escritor ni aun de cuentos de camino, pues ni mi profesión, ni mis ocupaciones, muy distintas de las literarias, me suministran elementos apropiados. A falta de otro mejor y más competente cerré los ojos y ensayé.....

No llegami vanidad hasta creer que esos cuentesitos hayan sido bien recibidos por su mérito; bien sé que sólo se han leído porque son los primeros que tienen un colorido nacional.

Solicitado por algunos amigos para que dé más extensión á los simulacros de novela, ensayando algo más formal, en donde se puedan describir nuestras costumbres con más amplitud y oportunidad, he procurado complacerlos con la obrita que hoy comen-

zarán á leer los suscritores á "Costa Rica Ilustrada" y ocupará unos veinte ó treinta de sus números.

La indulgencia del público es de rigor en este caso, y á ella acude confiado quien no busca reputación ni gloria en una materia en que es profano, siendo su único objeto abrir la brecha para que otros más competentes se apoderen del campo y lo cultiven.

San José, marzo de 1888.

SIRIO.

RISAS Y LLANTO.

Escenas de la vida en Costa Rica.

CAPÍTULO I.

El señor Rakosky.

La casa n.º 109 de la calle del Comercio presentaba, el día que comienza esta verídica historia el aspecto de un Castillo incendiándose, tal era el número de luces que iluminaban sus salones y de farolillos su portada y puerta exterior.

Los criados vestidos de gala entraban y salían y la concurrencia era tal, que no había donde colocar una silla más en los corredores y piezas destinados al ambigú, á la música y al refresco.

El motivo de tal fiesta era notorio en San José. Se trataba de la llegada á esta ciudad de la señorita Delfina Rosales, hija única del rico comerciante don Jorge Rosales y de la aristocrática matrona doña Elvira Río-Seco. Hacía seis años que don Jorge había llevado á Paris á su ídolo, para que concluyera su educación. La dejó en la pensión de Mademoiselle Roqueval, contando la niña apenas once años. Bonita, de espigado talle y de no mediana inteligencia, pronto se distinguió Delfina entre sus discípulas.

En el baile, la música, la pintura y el bordado, no tenía rivales.

Cumplidos diez y siete años, don Jorge la sacó de la pensión y la hizo viajar por Italia, España, Austria y Suiza, y la trajo á su país natal, seguida de veinte grandes cajas ó cofres atestados de trajes, sombreros, libros y demás objetos de lujo y placer que podían hacerla brillar en esta Capital.

La fiesta de recepción, que consistía en una comida á sus amigos dada por don Jorge y un baile á la sociedad josefina, fué una verdadera ovación á Delfina. En efecto, vestida á la última moda, impregnada de la gracia parisiense y hablando muy bien el inglés y el francés, la reina de la fiesta debía atraer todas las miradas y atenciones.

Entre los concurrentes se hacía notar por su apostura y originalidad, un Polonés que había venido en el mismo vapor con el señor y la señorita Rosales. Con un ojo más alto que el otro, una pequeña cicatriz en el labio superior y una melena á lo Mirabeau, nuestro viajero estaba constituido en Hércules; pero se ignoraban completamente sus trabajos, sus antecedentes y aun el objeto con que había venido á América. Callado como un inglés y triste como un arabe, desde que vió á Delfina debió sentir por ella una simpatía Herculana, pero que no se traducía ni en sus palabras ni en sus jestos. El señor Rakoski (Lorenzo) era la sombra de Delfina, y apenas abría esta su linda boca espresando un deseo posible ó imposible, salía don Lorenzo á paso de carga, pero silencioso á obsequiar á la *Picolina*. En efecto: desde el primer día que le fué presentada Delfina por el Capitán del vapor, la llamó señorita *Picolina*, por más que ésta y el papá insistiesen en llamarlo al orden sobre el verdadero nombre de la dueña de su voluntad. En Panamá manifestó la *Picolina* deseos de obtener un pájaro de colores raros y de canto desconocido y lleno de dulzura y suavidad. El Polonés entró á la casa de cuyo balcón colgaba la jaula del pájaro. Se le dijo que la aveilla no estaba de venta; que era un regalo de un amigo. etc. etc. Pero Rakoski abrió una cartera atestada de billetes de banco, y con la seriedad que le era peculiar sacó un billete de cien pesos y lo ofreció á la dueña del pájaro. Rehusó ésta, y don Lorenzo tomó cuatro billetes más y los puso en las manos de la dichosa poseedora de aquel nuevo *Fénix*. Titubeó ésta y siempre sin proferir una palabra completó aquel los mil pesos. Eso era ya tentar un Santo, así es que la señora descolgó la jaula y la entregó al silencioso Creso. Con el mismo mutismo llevó la jaula al Gran Hotel y la dejó sobre una mesa del salón. Delfina encontró su capricho satisfecho, pero le fué imposible saber á quien debía aquel regio regalo, porque Rakoski no contestaba á sus preguntas, contentándose con pronunciar dos palabras: "pájaro de *Picolina*".

¿Era amor lo que sentía don Lorenzo por la Picolina? El tiempo nos lo dirá, pues por lo que hace á saberlo de boca del Polonés, sería empresa romana.

Su mismo criado Puk, un negro de la Nubia que lo acompañaba y servía al pensamiento, no sabía del Polonés otra cosa sino que era muy rico, que había viajado mucho y que el Gobernador del Cairo, lugar donde el negro fué enganchado como sirviente, lo respetaba como á un Sultán.

Rakoski no tenía edad conocida, ni era posible calcularla, pues cuando quería parecía un hombre de treinta años, y algunos días se le podían dar cincuenta.

Alojado en el hotel de Vigne, en donde ocupaba tres cuartos, jamás dirigió la palabra á sus compañeros de mesa, lo cual no era de extrañar, porque rara vez se acercaba á ella, prefiriendo por lo regular, comer sólo en el saloncito.

Puk, contestaba á los curiosos con esta frase invariable, "señor amo, mucho bravo, mucho rico, y mucho fumar cigarros."

• CAPÍTULO II.

El Leon de San José.

La noche de la fiesta de que nos ocupamos, llamaba también la atención otro personaje extraordinario pero no desconocido en San José. Todo lo contrario, era Julio Espinosa, el más arrogante jóven de San José, simpático, valiente, liberal: era imposible tratarlo sin amarlo y admirarlo. De talle más que mediano, moreno, bien formado y buen mozo indisputable, Julio añadía á tantas raras cualidades, una educación perfecta y un caudal considerable heredado de su madre, que hacía dos años había perdido.

Delfina conocía algo de la vida de Julio por las cartas que sus amigas le escribían al colejio, y su primera pregunta al desembarcar fué si ya el hermoso León josefino prefería á una josefina. Gran placer tuvo al saber que Julio era amable con todas, las cortejaba á todas y no distinguía á ninguna.

Cuando lo presentaron á ella, manifestó gran asombro porque afirmaba que ya lo conocía; que aquella figura le era familiar etc. etc. Esto provenía de que una de sus amigas le había mandado su retrato entre una carta, diciéndole que aquel era su novio y dándole un nombre diferente. Sea de esto lo que fuera, es lo cierto que al conocer á Julio, Delfina sintió dos sensaciones o-

puestas, tan inexplicable una como la otra. Esta, suave y deliciosa, nacida de la corriente simpática que la naturaleza establece entre los seres que se asimilan por la belleza moral ó física. Aquella, desagradable por que recordó que el interesante y hermoso jóven que atraía su voluntad, era conceptuado por otra mujer como su prometido ó novio. En aquel momento no reflexionó que podía ser otro el prometido y no Espinosa. Además, la noticia misma que su amiga le había transmitido podía ser sólo una esperanza de ella, ó una inocente mentirilla. ¿Por qué el amor, siendo una emanación de la divinidad, no es como esta, justiciero y equitativo? El amor para ser justo debía siempre ser recíproco, ó lo que es lo mismo, correspondido. Pero es el caso, que el amor es lo que ha sido y lo que será, y está en su esencia el ser caprichoso, aventurero y sobre todo ingrato, y cruel.

Buscad si no un modelo de verdadero amor. Si lo encontráis, podéis asegurar que el objeto amado prodiga su corazón por otro lado, ó no tiene corazón, y si lo tiene, es un corazón vago y mal entretenido.

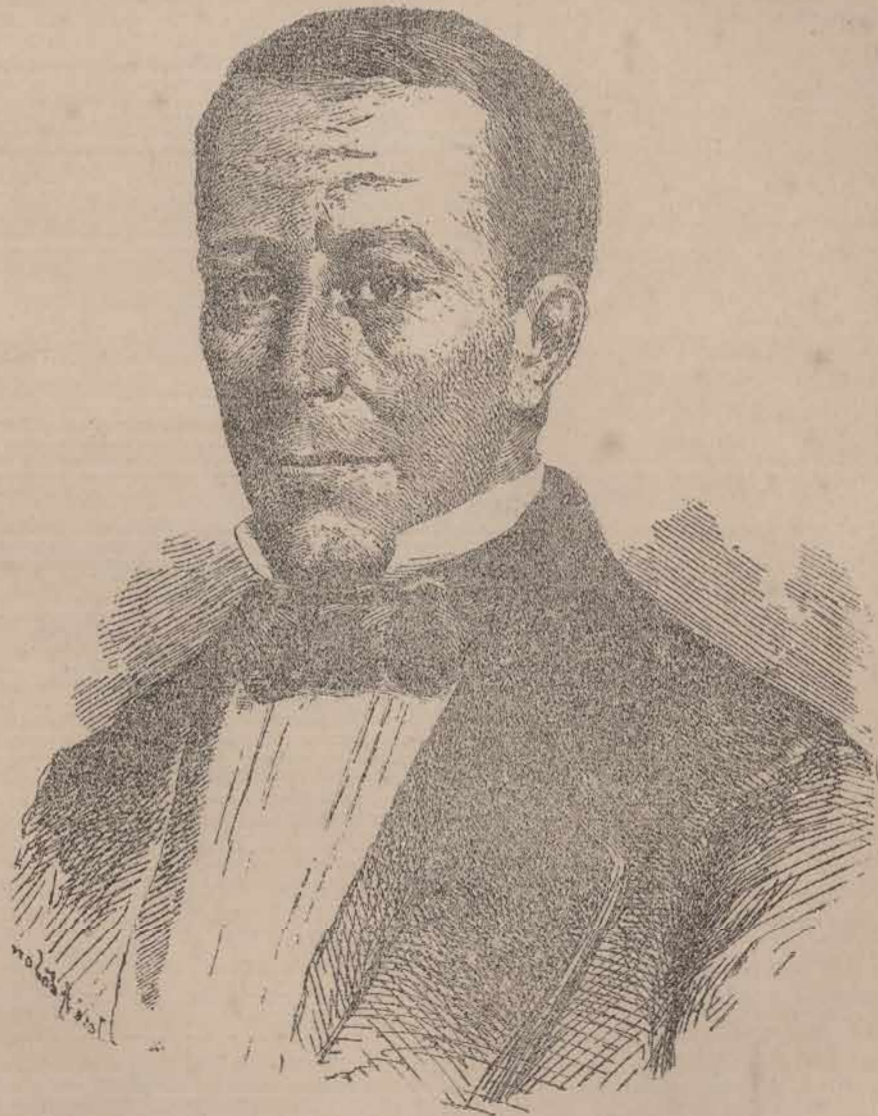
El lector probablemente supone que las reflexiones anteriores, se han hecho para prepararlo á la idea de que Julio Espinosa no vió en Delfina más que una mujer bonita, lo cual no es prenda de valor en Costa Rica, en que la fealdad es la excepción de la regla, principalmente en San José y entre las hijas de la clase acomodada. Para que no se nos tache de presumidos, apelamos á los extranjeros imparciales y á los naturales que han viajado, á quienes suplicamos contesten con sinceridad á esta pregunta. ¿Hay en América ó Europa alguna ciudad, villa ó aldea que con la misma población de San José posea igual número de lindos palmitos? No, mil veces no; y esto lo decimos con perdón de Baltimore, de Viena y de toda la Andalucía.

Volviendo á Julio, ó más bien al lector que supone, que aquel no ve en Delfina más que una jóven bonita, le diremos, que tal vez acierte ó quizá se equivoque; lo demás lo sabrá si lee la correspondencia que á la letra copiamos.

— CAPITULO III.

Las dos amigas.

Delfina Rosales á Mademoiselle Roqueval:



DON MANUEL ACUILAR, 3^{ER}. PRESIDENTE DEL ESTADO DE COSTA RICA.

Dibujo y grabado de J. A. Soto.

Ofrecí no ocultarte nada de mis primeras impresiones al volver á mi país natal. Cumpló mi promesa asegurándote que si es dulce morir por la patria, no lo es tanto vivir en ella; sobre todo, si esa patria no es París y carece de teatros, de paseos y de ruido. Si querida amiga, me hace falta el ruido, el *bois* de Boulogne y hasta el lodo amarillo de París. San José es muy triste, muy pequeño y destituido de todo lo que hace la vida amable; desde que llegué me muero de fastidio, y mamá me obliga á decir todo lo contrario. Papá me lanza unos ojotes cuando suspiro y me duermo, viendo pasar las carretas llenas de sacos de café y tiradas por dos bueyes. ¿Qué será de mí? A veces desearía morir porque creo que el Paraíso debe parecerse á París, ó por lo menos á Viena. Ya hemos convenido que el infierno debe estar en Londres ó Berlín. El purgatorio en la pensión cuando nos hacían estudiar en invierno muertas de frío y se nos prohibía acercarnos á la estufa. Lo que tu no sabes es que el limbo es San José. Yo creo que voy á atrapar una enfermedad si Dios no se apiada de mí. A propósito, te noticio que con nosotros vino de Europa un Polonés tan feo y tan meloso que me empalaga. Eso sí, es rico, muy rico. A veces me pregunto si en cambio de vivir en París, me casaría con ese estafermo, y te confieso. no, no te confieso nada, porque de seguro no me casaría con él. Aun no he visto la alta sociedad de San José, pero mañana me aburriré atendiendo á mis compatriotas, pues hemos preparado una fiesta, compuesta de comida y baile por la noche &. &. ¡¡Qué fastidio tener que bailar y hablar con los señoritos de mi tierra!!

Mlle. Roqueval á Delfina Rosales:

Imposible que pueda existir el fastidio á tu edad y en ese país encantado. Tu linda cabecita debe sufrir alguna enfermedad, para decir que en esa América pueda una alma joven dejar de vivir en un continuo ensueño. ¡¡Los volcanes arrojando fuego y bocanadas de luz roja y blanquecina. . . . ! Los ríos caudalosos como los mares europeos!! y las tempestadas trasladando pueblos y montañas de un panto al otro del territorio.

Vamos Delfina mía, tu te chanzas y te burlas de mí. Cuando pienso que tú te mezes como Virginia, en gigantescas hamacas que cuelgan de centenarias palmeras; y que tu sueño lo arrullan los mil cantos de paradisiacos pájaros; y que tu Pablo en vez de pálidos *bouquets* de mustias flores, te saluda en las mañanas con monstruosos ramilletes que los leones del desierto y las panteras de los bosques, por orden de su dueño depositan á tus pies!! El amor en la zona tórrida debe de ser una pasión sin medida: un fuego atizado por los huracanes y mantenido con la combustión de selvas compuestas de árboles titanes. Nuestros hombrecillos medio calvos, raquíuticos y corrompidos, deben parecer fantoches, comparados con los gallardos, robustos y sanos hijos de la naturaleza.

Por lo que hace á tu Polonés Rakoski, le condeno sin verlo y te aseguro que serás desgraciada si llega tu mala suerte á ponerte en sus manos. No lo conozco ni quiero conocerlo. Básteme saber que no es joven, y que su origen se pierde en la noche de los tiempos de Polonia. Adiós, *enfant gaté*, no olvides á tu primera y mejor amiga (según dices.)

Delfina Rosales á Mlle. de Roqueval.

Comenzaré como los banqueros, "Está en mi mano tu apreciable ect. etc. y luego seguiré preguntándote ¿Crees acaso que la América de hoy es la de Pizarro ó la de Hernán Cortés?"

La América actual no tiene selvas vírgenes, cedros centenarios, ni mucho menos Pablos y Virginias. Los gomosos de aquí son tan semi calvos y afeminados como los de París. Los volcanes arrojan cenizas y lodazales en vez de luceros y torrentes de luz; ¿Por qué no me felicitas por el pintoresco vestido de plumas á la moda de Adán y Eva, que antes usaban las indias nativas? Dejemos esas revistas retrospectivas de la tierra de Colón y vamos á lo real y cierto.

Pasó la fiesta inaugural, y en verdad que todo fué mejor de lo que yo esperaba. No creía tan adelantada la sociedad josefina. Lo que no me faltó fué mi arete, el señor Rakoski.

Ahora voy á hacerte una agradable confidencia. Entre los jóvenes leones que me acosaban con sus obsequios, ninguno me llamó la atención. Pero entre los concurrentes no pude menos que notar cierto caballero cuya distinción y buenas maneras me sorprendieron; Julio Espinosa. En lo físico es muy parecido á Maxime du Theil tu primo, pero es más alto y de un moreno á la mora. Puede ser que su indiferencia conmigo fuera su principal mérito, pero. . . .

no, es indudablemente más bien formado y mejor organizado que los otros de su especie.

No vayas á pensar que la confidencia de que te he hablado se reduce á la descripción del señor don Julio. Mi secreto es otro, y me da pena confiártelo; allá va pues. En mi anterior te digo que estaba muerta de fastidio, y otras cosas por el estilo y así era la verdad en aquella sazón; hoy no veo tan negra la situación. Después de la fiesta, me ha parecido más puro el aire de esta ciudad, y las casas las encuentro menos viejas y feas. La nostalgia de París, ha pasado del estado agudo, al crónico No rías con tu modo burlón de tu pobre amiga prefiero que te burles de Rakoski, para lo cual paso á contarte la siguiente aventura. Mi novio *in partibus* pidió un baño caliente en el hotel de Benedictis. El criado Puk, se distrajo y cerró la llave por donde viene el agua fría y dejó correr la caliente creyendo hacer lo contrario. Avisó al amo que estaba listo el baño; Rakoski se desvistió y entró á él con decisión. Caer en el agua y comenzar á asarse fué obra de un segundo. Saltó el Polonés fuera de la tina rojo como un camarón, y con una voz estentorea llama á Puk; acude éste, y apenas entra al cuarto es cojido por Rakoski y sumido en la caldera hirviente con todo y cascaca y reloj; bramido horrendo del criado y alarma general en el hotel; médicos, cirujanos, la policía y los pasajeros rodean á los dos imbéciles y todo concluye por dos botellas de Champagne que se aplica el Polonés para olvidar su *desventura*.

A propósito de ventura ¿Sabes que *Espinosa es un joven agradabilísimo y simpático*? No por eso creas que me deslumbra; todo se reduce á recordar que en la tierra de los ciegos el tuerto es rey. Adiós y dime que piensas de tu

DELFINA.

(Continuará.)

SIRIO.

Utilidad de las colecciones zoológicas como elemento de educación.

POR WILLIAM A. CONKLIN.

EL decidido empuje de las Ciencias Naturales, eminentemente característico de

nuestros días, se ha hecho sentir con fuerza en el dominio de la Historia Natural.

Durante largo tiempo se había acostumbrado mirar las colecciones de animales vivos como mero material de distracción curiosa y admiración de las gentes; pero un sentimiento más sano y aproximado á la verdad, ha elevado recientemente nuestros Museos de Historia Natural y Jardines Zoológicos, considerándolos como medio extenso y efectivo de instrucción y cultura moral de las masas. Cualquiera que se haya deleitado en el admirable panorama de la Naturaleza, representada en los jardines zoológicos de Londres y en el Jardín de Plantas, y haya notado el cuidado é inteligente atención que se consagra á los representantes vivos del gran hogar del Mundo, fácilmente comprenderá que ni el último vecino de Londres ó de París puede dudar que la lista científicamente clasificada de los animales contenidos allí, ejerce una gran fuerza de educación en el pueblo. — Y lo mismo se podría decir de Berlín, Frankfurt y Hamburgo.

El conocimiento sistemático es la base de la verdadera ciencia; en cualquiera esfera de los conocimientos humanos en que este supremo carácter se exhiba, podríamos asegurar que se obtienen resultados semejantes. La inmensidad del espacio estelar, brillantemente iluminado con las antorchas de la noche ofreció en un principio, á la vista del rústico campesino, en el plano del Sinar, tan sólo una red confusa de puntos resplandecientes; y sin embargo, sobre la observación de esos mismos puntos se ha levantado la sublime ciencia llamada Astronomía. — De una manera semejante la inmensa variedad de animales que pacen en los campos, cruzan los mares, surcan las profundidades del azul del cielo, presentaron por su infinidad tales dificultades al primero que se ocupó de estudiar la naturaleza animada, que se creyó por mucho tiempo imposible de llevar á feliz término tales estudios. Pero paulatinamente la ciencia vino á auxiliar á los desorientados investigadores, y gracias á los largos y laboriosos trabajos de Linneo, Bufón y Cuvier, la confusión que presentaba el estudio de la vida animal quedó completamente eliminada; el intrincado laberinto de los ricos almacenes de la Naturaleza ha sido esclarecido, y podríamos decir que la esperanza de levantar un edificio sólido y científico á la zoología, se ha realizado ya.

Los conocimientos son la base de la ciencia; esta ley imprime su carácter; y cualquier conocimiento que sea susceptible de un carácter científico, es precioso en alto grado, tanto más cuanto más basto sea. Es incuestionable que los hechos en zoología no solamente son el objeto de los conocimientos, sino que sobrepasan en número y variedad á aquellos sobre que se basan la mayoría de las ciencias. Por esta razón sus derechos á ser considerada como uno de los más importantes agregados á la educación popular, no solamente son válidos, sino que de-

be concedérsele el rango que merece. El libro de la Naturaleza está siempre abierto á nuestros ojos: sus lecciones no deben leerse por el método causado de caracteres artificiales, sino por la Iconografía Divina que es la impresión y alfabeto de la Naturaleza. La poesía y la filosofía han penetrado con sus investigaciones hasta las mayores profundidades de esa mina inagotable, y enantas riquezas no han desentrañado! Aristóteles y Virgilio se prosternaron ante las reliquias de la Naturaleza; y de lo que ellos escribieron, habiendo vivido bajo las circunstancias restrictivas de sus tiempos, podemos inferir lo que se puede hacer con conocimientos más científicos y apreciativos. Dice un adagio común: "Populus vult decipi", pero más verdadera sería esta máxima: "El Pueblo desea ser instruido". La manera como puede llegarse á este resultado, espero indicarla con unas pocas reflexiones, ligeras y desconectadas como tienen necesariamente que ser dentro del limitado espacio de que dispongo.

Es un error suponer que no se puede estudiar el carácter y hábitos de los diferentes miembros del reino animal fuera del estado en que se encuentran cuando gozan de la libertad de la vida salvaje; y que en cautividad no se pueda adquirir nociones exactas respecto de ellos, puesto que sus acciones están entonces restringidas y modificadas por las nuevas condiciones de vida. La opinión de Bufón fue: que el cautiverio impide el ejercicio y desarrollo de todas las facultades animales, "El animal salvaje", observa, "obedece solamente á la naturaleza y no conoce otras leyes que las de la necesidad y la libertad".—Esta idea errónea tenía su origen en la creencia de que el cautiverio implica esclavitud, cuando por el contrario, la verdad es que la independencia de que goza un animal libre está muy lejos de ser tan completa como pudiéramos inferir según las ideas que nosotros tenemos de lo que es libertad en la Naturaleza. Una gran variedad de causas modifica sus condiciones de vida en libertad: el alejamiento ó contacto inmediato con el hombre; la abundancia ó escasez de alimentos; cambios de temperatura; la fuerza y valor de sus rivales; y muchas otras circunstancias. Extraña que Bufón haya emitido la opinión arriba expresada, cuando consideramos que la colección de animales en los jardines de Plantas le fueron de gran utilidad para la producción de su Historia. Hoy la popularidad de la zoología se ha hecho la salvaguardia contra los errores cometidos por aquellos escritores en Historia Natural, quienes consideraban los animales disfrutando de la vida salvaje. Basándose para su información, las relaciones de viajeros, los primeros escritores nos representan al león dotado con todos los atributos de nobleza y elocuencia, mientras nos pintan al tigre como feroz é indomable.

Para dar una idea del interés que encierra la inspección detenida de una colección artifi-

cial, debo manifestar que la zoología moderna ha establecido para el estudio completa identidad entre la disposición de los ejemplares que se encuentran en cautiverios y sus congéneres que viven enteramente libres.

(Continuará).

Traducido del inglés para "Costa Rica Ilustrada".

El huerfanillo de Jerichó.

(Concluye.)

Un señor colorado y medio avinado me hizo llevarle un queso de Flandes y unas latas á su casa. Me dió diez centavos, que emplee en comida caliente en el Mercado. Pero ese mandado me proporcionó una colocación, por que la señora del Coloradote me contrató á dos pesos mensuales, con condición de que no me negaría á hacer todo cuanto me mandaran. Acepté. Me señalaron un rincón de un corredor para que durmiera. Las niñas, que eran tres, hijas de mis amos, me trataban muy bien, pero había en la casa una maldita mujer como de 40 años, antigua sirvienta de la casa, que se habia convertido poco á poco en señora y tirana de todos, como sucede casi siempre con los viejos servidores que hechan raíces en una familia. Fui, pues, el animal de tormento de la señora Matea (así se llamaba aquella furia). Supongo que de esa época me vino un defecto físico que antes no tenía, y es: que mi oreja izquierda es mucho más larga que la derecha. La vieja Matea no conocía otro modo de darme órdenes, que agarrarme de la pobre oreja y jalarmela.

A pesar de eso, mi vida era soportable, si no hubiera acaecido el hecho siguiente: Mi amo el Coloradote trataba á su señora esposa con la dureza y grosería más grande, entre casa; pero desde que una persona extraña estaba presente, ó algún deudo de ella, el muy borrachón se volvía una miel con la pobre señora, hasta llegar á acariciarla. Apenas quedaba sola, la maltrataba de palabra, y alguna que otra vez de obra.—La víctima del Coloradote era una santa mujer, y se hacía lenguas de su hipócrita marido; así es que el público lo tenía por un modelo de jefe de familia, y sólo sus hijas y nosotros los sirvientes sabíamos la verdad. Según parece, un sábado amaneció la señora sin un centavo, Coloradote dijo que iba á cambiar un billete de banco de cinco pesos y que volvería con el cambio. En vez de lo que ofreció, llegó á las once del día completamente ebrio y sin un maravedí. La señora, llorando y suplicando consiguió que el bruto de su marido le aplicara una de sus enormes manazas en el rostro y la hiciera caer sin sentido bajo una mesa. Yo entraba en aquel momento; de tal manera se me irritó la sangre con el espectáculo

de aquella escena, que tomé una silla y se la hice pedazos á mi señor amo en la cabeza. Por su puesto que no esperé las consecuencias de mi atrevimiento y puse pies en polvorosa.

Pronto encontré nuevo acomodo, pues un camarada me avisó, que en la Calle de Carrillo, próximo á la plaza del Carmen, solicitaban un criado. Me presenté y fui aceptado.

Mis funciones principales eran los *mandados*, pues sirviendo á una familia compuesta de Papá, Mamá y siete niñas y niños, nunca faltaba algún recado que traer ó llevar. Yo creo que mis nuevos amos tenían relaciones con todo el género humano. Todos los días, desde las siete de la mañana comenzaba la siguiente jerga. "Pedro".— Señor, señora ó señorita (y pobre de mí si me equivocaba de tratamiento!!!) Anda donde don Fulano de Tal y pregunta como ha amanecido la enferma. La respuesta era siempre la misma: "Está mejorcita".—Pedro.—Señorita.—Dile á la señorita Sutana que me haga el favor de prestarme las cuadrillas que me ofreció.—Pedro.—Señor.—Vé donde el señor Perensejo y dile que me alegro mucho del nuevo heredero que le ha venido.—Pedro.—Señora.—Hoy cumple años doña Rita Rotas: llévale esta tarjeta y este abanico.— Y así todo el día.

Un ejercicio tan fuerte merecía una buena alimentación. Pero en su lugar, se me daba lo que sobraba en cada plato de la mesa, todo revuelto en una sola fuente. A esto debía agregar unos que otros huevos que resultaban malos ó con síntomas de convertirse en pollos, y el pescado y carne vieja que empesaba á tener mal olor.

Una vez me llamó la patrona y me dijo: Pedrito, ya sabes lo que ganas; pero si haces lo que voy á indicarte, te daré un peso más cada mes; y es que á todos los demás sirvientes y criados con quien hables les cuentes que aquí se come muy bien: que tomamos vino en la comida y que somos muy ricos. Diles que nuestro salón se llena todas las noches de visitas. Pero señora, contesté, yo nunca veo á nadie de visita. Sólo vienen aquí sujetos con cuentas á cobrar y el fontanero á trancar la llave de la cañería, y la cocinera dice que hace un año que no le pagan y..... Calla impertinente, no me faltes al respeto, estás delirando; fuera de que yo, no te pido que digas lo que vez, sino lo que ya te he manifestado. Comensé á propalar la riqueza de los amos y todo lo demás que se me exigió, pero desde ese día comensé á buscar nuevo acomodo.

No olvidaré la fatal fecha de 9 de agosto.— Dormía pacíficamente, pero las comidas eterogéneas me tenían malo el estómago.

Determino vestirme y ocurrir al nº cien de la casa. Andaba de puntillas para que no me sintieran; al entrar á la cocina encuentro á mi señor amo muy afanado prendiendo fuego con cañín y unas tusas á la pared de madera que colindaba con el fogón. A mi vista, pegó un salto, y estuvo por aplastarme con un tizon encendido, mas yo di otro salto mayor, y me puse en guardia.— Pedrito, me dijo, serenándose un po-

co, nunca digas lo que me has visto hacer. Esto no daña á nadie, y yo soy pobre y necesito que la casa de seguros me pague esta casaca un poco mejor de lo que vale..... Me quedé en la misma, pues nunca he sabido lo que es una casa de seguros, y menos he podido explicarme cómo puede quemar una casa su propio dueño. ¡¡Misterios!!

Por esta época vine á saber la verdad sobre la gruta ensangrentada de la Pepilla; que fué la causa de todos mis terrores y aventuras con el negro Phelps. Según parece, el día que me mostró la gruta, habían matado y destazado un carnero. La sangre, pues, era la de una pobre oveja, y los huesos y dos calaveritas eran: una, la de un marrano, y la otra, la del chivo. Sin esa malhadada fábula del asesinato de un ser humano, el negro no me habría amedrentado ni convertido en su cosa: pero ya era tarde, y esto lo supe como saben todo los pobres hombres; esto es, cuando ya no pueden aprovechar de la ciencia ó experiencia propia. A la verdad que la idea de cierto escritor, vale por un siglo de vida. Mi escritor, cuyo nombre no recuerdo, decía: ¡¡ Si la juventud supiera!! ¡¡ Si la vejez pudiera!!

No hay duda que si un joven de veinte años tuviera los elementos que da la experiencia y la sabiduría, sería un semi Dios. Lo mismo sucedería con un anciano de ochenta años, si sus músculos, su estómago y su corazón se conservar enteros, sanos y fuertes.

Volviendo á mis patronos, ya es tiempo que diga el por qué se deshicieron de mí. Los niños jugaban al trampolín todos los días. En uno de ellos me detuve á verlos jugar. En un brinco que va y otro que viene, el mayorcito caé de cabeza y se rompe la frente: la sangre que arrojaba me salpicó, por que tuve que socorrerlo, mientras el menorcito corrió á buscar á la mamá, y para excusarse de una culpa que nadie le atribuía, le dijo: que yo era el responsable de todo, por que había empujado á su hermano mayor.

La mamá me dió de pellizcos y bofetones hasta que se aburrió. En esto estábamos cuando entró el patrón, el cual de un sólo puntapie casi me saca las entrañas. Lavada la herida resultó que no valía la pena el golpe, y que yo no tenía culpa alguna en el accidente. El papá, que no tenía mal corazón, se affigió mucho con la injusticia que había cometido con migo: el niño que me había calumniado siguió asegurando que yo era la causa de la caída de su hermano, y para probar que yo merecía la opinión mala que él tenía de mí, no economizó ocasión de exhibirme como ladrón y vagabundo; una vez, mientras arreglaba la mesa para la comida, aprovechó el momento en que yo iba á la cocina á traer unos cubiertos, para derramar toda la sopera sobre el mantel limpio. Cuando volví y encontré aquel desastre, me sorprendí de no ver en el comedor persona ó animal que pudiera ser el autor de tal barbaridad. Al mismo tiempo entraron los amos á comer, conducidos por el chiquitín, que apresuraba la marcha de la familia para que yo no

tuviera tiempo de mudar el mantel. Cuando la pequeña serpiente vió la indignación que se pintaba en todos los semblantes, exclamó: Ya ven lo que es este malvado, y luego dicen que no fué el el que empujó á mi hermano en el trampolín. Otras veces se comía los postres y se robaba las flores del salón y las ponía dentro de mi cofrecito que no tenía cerradura. Imposible continuar en aquella casa.

Entré como sirviente al hospital. Una tarde se apareció allí un negro enfermo, en un estado tal de demacración que, á primera vista no pude conocerlo. Al siguiente día comenzó la agonía de aquel infeliz. Una de las hermanas de la caridad me ordenó que me acercara á la cama del negro, que me llamaba. Me sorprendió la llamada; pero aun así, estaba á mil leguas de suponer que el moribundo era nada menos que mi negro Phelps; con los ojos hundidos y casi sin movimiento, pudo fijarlos en mí, y el hábito de temerlo se apoderó de mí. Quise huir y apartarme, pero la hermana me hizo de nuevo allegarme.—“Pedrito, me dijo, te llamo para pedirte perdón por todos los males que te he hecho. Tu figura tan inteligente, me metió en la cabeza el plan de aprovechar tu natural despejo y actividad: Voy á recompensarte, aunque muy en pequeño, de los sustos é inquietudes que por mí has sufrido. Ve á Nueva Corinto, á aquella finca de don Manuel Argüello, donde estuviste con migo, y de la cual te escapaste por tu dicha. Bajo una plantación de bambues que está á la salida de la finca, escarba bien hácia el lado que el Sol se pone. Allí encontrarás una cajita de lata, redonda, igual á en las que viene el salmón. Sácala y encontrárela muy envuelto en encerado y con un baño de leche de hule, un reloj de bolsillo cubierto de diamantes y rubies. Hace muchos años que un pasajero de los vapores de la Mala Real, estando el buque fondeado en Kingston, lo dejó caer en el mar. Yo me bañaba y buceaba monedas que los viajeros me tiraban para que las tomara en el fondo del agua. Varios compañeros pasaron la mañana rebuscando el reloj; pero no parecía. El vapor zarpó para Europa. En la noche volví á sumergirme varias veces y en una de tantas salí con el reloj. Nunca me he atrevido á venderlo ni aun á mostrarlo, de miedo que me juzguen como ladrón; pero es materialmente imposible encontrar su dueño, y puedes apropiártelo sin remordimiento. La máquina no sirve, por que el agua salada la dañó: mas los brillantes valen más de quinientos pesos..... En este momento pasaba la visita del médico del establecimiento y el negro guardó silencio. Me retiré á reflexionar sobre aquel incidente tan extraño. Phelps murió ese mismo día, y yo pedí mi cuenta y tomé el camino de Carrillo, rico de esperanza y con dos pesos en el bolsillo. Era el mes de noviembre del año 1887 próximo pasado. Los puentes de Quebrada Gata y Caño Seco los había arrasado el río. Me fué preciso pasar por una vereda escarpada y llena de peligros: mas al fin llegué. ¡¡ Con qué mezcla de temor y de espe-

ranza examiné los bambues sembrados á la entrada de “Nueva Corinto.” ¡¡ ¿Qué pretexto dar para que me admitieran en la hacienda?

Entré á la casa; el mandador me recibió con amabilidad y me suplicó lo informara de mis asuntos y del paradero del negro Phelps. Así lo hice y mi relación le interesó tanto, que me propuso que me quedara con él como jalador de leña y agua. Las noches lluviosas y oscuras, pronto me proporcionaron la ocasión de averiguar si el negro me había engañado con su entierro. A las dos de la madrugada comensé mi escabación, y en efecto, á medio metro el sacho topó con una caja de lata, que saqué. Puesta la tierra en el hueco, esperé el día para examinar mi capital.— Corté la cubierta de hule y abrí la caja de salmón..... ¡¡ Oh qué placer!! Un reloj de bolsillo ennegrecido y lleno de manchas estaba en la cajilla, pero el brillo de los diamantes me deslumbró.

Guardé cuidadosamente tan rica joya y me vine á San José. Lo difícil era venderla, pues nadie me creería que yo era dueño de ella. Con mil dificultades despegué las piedras preciosas de la tapa, y tomando la más pequeña, la ofrecí al primer platero que encontré. Me ofreció cuarenta pesos; acepté y éteme aquí rico, pero sin atreverme á realizar las otras por el riesgo de que me tomen por un ladrón, me despojen de mi propiedad y me sequen en la cárcel. Entonces fué que se me ocurrió publicar la presente historia, valiéndome del señor Sirio, quien la escribió bajo mi dictado. De este modo conocerán el origen de mi riqueza, y aun me servirá como reclamo ó aviso para los que deseen obtener buenos brillantes y rubies, pues los ofrezco á mis lectores al precio corriente,—si se toman el trabajo de dirigirse á mi habitación, que es la casa n.º 399 de la calle de Santa María, frente á la *Penitenciaría* construída á iniciativa y con la suscripción firmada el año anterior por varios patriotas costarricenses y extranjeros.

San José, febrero de 1888.

SIRIO.

CRONICA.

Pobres de nosotros, cronistas adocenados, que ya no encontramos de que rama echar mano.

Hechos que comentar hay algunos, pero ideas en nuestra mente para expresarnos ya se han agotado. Sin embargo, hagamos un esfuerzo más y cumplamos de cualquier modo nuestro cometido.

Ha poco más de nueve meses, concebimos la feliz idea de fundar un periódico ilustrado en esta capital, y mediante la valiosa protección de nuestro Gobierno, la buena aceptación que ha obtenido nuestra revista, y constantes en la persecución de nuestras aspiraciones, hemos podido llegar á mejorar un tanto el periódico.

Con el presente número termina "Costa Rica Ilustrada" su tercer trimestre, y confesamos con toda ingenuidad que nuestros pechos se hallan henchidos del mismo entusiasmo que cuando comenzamos esta difícil tarea. Nueve meses de constante y asiduo trabajo, luchando siempre con multitud de dificultades, atendidas los escasísimos elementos con que contamos para empresas de la naturaleza de la que hemos acometido.

La idea de lucro es lo que menos hiere nuestro pensamiento,—pues que hasta ahora, no lo hemos obtenido ni regular—pero sí, y con vehemencia la de poder presentar más tarde un periódico digno de los adelantos de nuestra patria.

Comencemos á consignar aquí los sucesos de la quincena que hoy termina.

* * *

Lamentamos de todo corazón la desgracia de nuestro estimable amigo don Procopio Castro, con la irreparable pérdida de su señora madre. Si nuestras humildes palabras pueden influir en la resignación del amigo don Procopio y su apreciable familia, recíbanlas con las más sinceras muestras de condolencia.

* * *

También dejó de existir el joven don José Pérez, una esperanza que se vislumbraba en el porvenir de un modesto hogar, pues descendiente de una humilde familia, había logrado poseer bastantes conocimientos y ya se preparaba para hacer su grado de Bachiller en Artes, cuando la Parca inhumana vino á arrebatárselo del seno de su familia. Reciba ésta nuestro más sentido pésame.

* * *

Hoy engalanamos las columnas de este periódico con un bonito artículo que se ha servido enviarnos una señorita Ramonense, y que su modestia le ha impedido firmar con su apellido, pues simplemente hace uso del nombre.

Nos sentiríamos orgullosos, como ahora, si en lo sucesivo viésemos honrada nuestra Revista con las producciones de algunas señoritas, que cual Amanda, dejan aun lado infundadas preocupaciones y dan expansión á sus delicados y nobles sentimientos.

Nosotros por nuestra parte, con la sinceridad más grande de nuestra alma, suplicamos á la nueva colaboradora, que continúe sin temor por la senda que con tanta felicidad ha comenzado á recorrer y que no desmaye en pasar al papel sus bellos pensamientos; con ello no sólo hará honor á nuestra patria, si que también recojerá más tarde el premio que merecen su virtud y su talento.

* * *

Con gusto publicamos en nuestras columnas la traducción que un amigo nuestro ha hecho de un artículo leído ante los Regentes de la Universidad de Nueva York por William A. Conklin, Ph. D. Director del Jardín Zoológico del Parque Central. El artículo á que nos referimos es de gran interés científico y creemos oportuna su publicación, en vista de los esfuerzos del actual Gobierno por imprimir en la gene-

ración que se levanta, el amor á la Naturaleza. El Liceo de Costa Rica, inculcando estos principios y el Museo Nacional, atesorando material de estudios, son dos fuerzas converjentes que en día no lejano formarán un punto de apoyo para la juventud estudiosa, ávida de conocimientos científicos.

* * *

El concierto organizado por el señor don Alejandro Cardona tuvo lugar el domingo pasado ante una numerosa y escogida concurrencia.

El programa en su mayor parte estuvo bien desempeñado; y decimos en su mayor parte porque las piezas ejecutadas por la Estudiantina dejaron algo que desear. No se crea por esto que nosotros somos exigentes, no, por el contrario; pues basta que sus miembros sean simplemente aficionados para que estén disculpados ante el público, pero nosotros, que somos y seremos siempre justicieros é imparciales, no podemos decir lo que no es.

La simpática y virtuosa Lolita Carranza cantó admirablemente, y pocas veces las artistas que vienen del extranjero han conquistado tan justos y nutridos aplausos.

Lola en la romanza que cantó esa noche dió á conocer una vez más las dotes artísticas no comunes de que se halla poseída.

Nuestra cordial felicitación á Lolita.

En fin, para concluir diremos que las variaciones de clarinete fueron ejecutadas con maestría por el señor Peraza.

Adelante señor Cardona, hágase U. intérprete, como los señores artistas Núñez y Monestel de las disposiciones artísticas de algunas señoritas y caballeros; procure cultivarlas y con ello habrá U. contribuido en gran parte al futuro progreso del arte en Costa Rica.

* * *

El activo empresario don David Hine á fuerza de constancia y trabajo ha logrado establecer un hermosísimo salón para patinar, en el Teatro Municipal. Está organizado bajo las más favorables condiciones y ofrece al público un lugar de recreo de lo más agradable.

Varios jóvenes en el deseo de proporcionar á nuestras señoritas un centro de recreación, acordaron la fundación de un Club de Patinadores en el mismo Teatro, cuyo reglamento es una garantía para los padres de familia; allí pueden ir sus hijas en la seguridad de que serán consideradas y atendidas como lo exige la buena educación. Dígalo sino la reunión que tuvo lugar el martes pasado:

A las 8 de la noche el Teatro presentaba un lleno completo. Parece que toda la sociedad se había puesto de acuerdo para asistir esa noche á la reunión del Club de Patinadores.

Dos horas después de haber gozado del higiénico ejercicio, más de cincuenta parejas de ambos sexos se confundieron en hermosos torbellinos al compás de las dulcísimas notas de la orquesta.

Esta agradable reunión que proporcionó el Club de Patinadores duró hasta la 1½ de la madrugada, hora en que todos los concurrentes se retiraron satisfechos y convidados para las próximas reuniones.

No queremos concluir estos renglones sin consignar aquí que los apreciables jóvenes Juan Rafael Chamorro y Alberto Ortaño son: el primero Presidente y el segundo Secretario del Club.

Con motivo de la muerte del Emperador de Alemania los pabellones de esta República han permanecido á media asta y enlutados.

CLO CLO.

ANUNCIOS.

Estando organizado el "CLUB DE PATINADORES" en el Teatro Municipal, la Junta Directiva tiene el honor de invitar á todas las señoritas á asistir á las reuniones, pudiendo contar con que encontrarán en todos los miembros del Club las deferencias y consideraciones á que son acreedoras. Los días señalados, son martes y viernes, de ocho á diez de la noche. Ninguna persona, con excepción de las señoritas, podrá patinar en esas noches sin ser socio del Club. La entrada y uso de patines para señoritas, será gratis.

Los Estatutos de la Sociedad garantizan el mayor orden en las noches de reunión.

San José, marzo 8 de 1888.

TEATRO MUNICIPAL.

Novedad del día.

Gran Salón de Patines.

Precios de entrada.

De día (entre semana).....	Gratis.
De día domingos y días de fiesta.....	\$ 0-10
De noche, domingos, martes y viernes.....	0-25
De noche, lunes, miérc., jueves y sábado.....	0-10
Entrada á anfiteatro, domingos, martes y viernes.....	0-10

Uso de Patines.

De día (la hora).....	\$ 0-10
De noche, domingos, martes y viernes de las 8 á las 10 de la noche.....	0-25
De noche, lunes, miércoles, jueves y sábado.....	0-15

La entrada para señoras y señoritas será SIEMPRE GRATIS.

Para las noches de los domingos, los paleos de ella se venderán con 6 asientos por \$ 1-00.

Fernando Alemán-José I. Sotomayor.

Alemán & Sotomayor

Agentes y comisionistas. Coleccionistas de estampillas. Agentes de "Costa Rica Ilustrada."

Masaya.—Nicaragua, C. Á.

8. v. 6.

//Acudid señores, Acudid!!

La última novedad del siglo.

Relojes de plata y de oro de los gustos más variados y modernos, para señoras y caballeros. Aderezos preciosos de todas clases. Aretes, anillos de brillantes y otras piedras preciosas.—Prendedores para corbatas. Pulseras, relicarios, leontinas de oro y de plata.—Díjes para leontinas. Relojes de pared y la gran novedad en relojes de níquel, americanos, al insignificante precio de \$ 10-00.

Se compone toda clase de relojes, garantizando el trabajo á satisfacción de los interesados.—A última hora he recibido un variado surtido de espejuelos.

ADOLFO SÁENZ.

Calle del Comercio, n^o 8, frente á la casa del Lic. don Bruno Carranza.

8 v. 2

I. LEVKOWICZ & HIJO.

Acaban de recibir un surtido muy completo de mercaderías, y están próximos á llegar variedad de otros artículos.

Tendrán mucho gusto en exhibir sus mercaderías á las personas que les hagan el honor de visitarlos, y creen que dejarán complacidos á sus favorecedores.

San José, diciembre 8 de 1887.

¡LA CABAÑA!

ACABA DE RECIBIR

y ofrece en venta

A precios sin competencia, cervezas SAN LUIS y ESTRELLA, y otras varias.

Vinos legítimos añejos de multitud de clases. Jamones cocidos preservados en latas. Jamones ahumados y salados.

San José, diciembre 8 de 1887.

Tipografía Nacional.